



EDGARDO GARRIDO MERINO

POR SAMUEL BAEZA REYES

(Exclusivo para LA PRENSA)



Será una entrevista con un escritor importante. Alguien que había logrado por su sermón y emotivo espíritu transpasar las insuperables barreras de la soledad, que cual demonio y oscura nebulosa tenía en su mortífero oficio en raras ocasiones logrando una reconocida semi-terra. Su obra y su nombre, en vertiginosa ascensión, elevados al cielo, en búsqueda anónima de una solitaria estrella donde posarse y de la cual irradiar su luz universal.

Levísimo, nielo de Cervantes: ha dicho la crítica española especializada, otros, hacen figurar su nombre junto a los Otrados de las letras hispanas. Es justo, para dar mayor realce a su obra y figura, de los estrechos vínculos de amistad que sostuvo con el filósofo Ortega y Gasset, con el conflictivo Unamuno y el Marjota existencial.

Todas estas calidades y "pergaminos" de Edgardo Garrido Merino (Premio Nacional de Literatura en 1970), así como para acompañar a cualquier entrevistador, algo así: como un golpe anticipado al bajo vientre. Lo pensamos, creímos y sentimos así. Por con siguiente, nuestra preparación previa a la entrevista fue exhaustiva. Elaboramos esquemas, "novedosas preguntas". Igualmente, nuestro ingenio propició sea maritimo en la entrevista una cierta adhesión y continuidad, pero.

No fue así, por fortuna. Llegamos a su casa, calle Condell, hermosa avenida ubicada en el residencial barrio de Providencia, nos atendió y gentilmente nos condujo al living de la casa, una agraciada y hermosa señora. Señora de nuestro escritor —después lo ave-

riguamos. La conversación fue breve. Momentos en el segundo piso de la casa, sobria y hermosa casa, nos hizo suponer que alguien se agocaba a defender. Un pesado y silencioso silencio, creyendo nunca haber leído: sus piezas cuneadas y agotadas de tanto recorrer mundo le están jugando una mala pasada —refiere su solitaria.

Y ahí lo tenemos. En el centro de la edad madura, "sazonado el fruto de la vida. No es tanto verdadero de la inocencia, ni el radiante de una embriaguez de la época plena de sentimientos, sino la pura fragancia, medida en su jugo, rimbombada de sol, más dulce que acida, y tal vez con pinceladas de café, como escuchadas en el huerto de Horacio". Acordó a nuestros salones en una amplia, espaciosa y natural sonrisa, cual cristala torote reflejo de pureza y rectitud de alma.

Nuestra conversación fue franca, sincera y emotiva, brotada del más puro y clásico marañón de nuestro espíritu. Como cualquier cazadora, hermano de ilusión, de anhelo, de sentimientos, de incompreensión —del por fin una la batalla de la literatura— nos sorprendió en su vida y en su obra, en sus éxitos y fracasos.

Sus distintos y contradictorios ojos que no solo en sus frías miradas muestran reflexión, rebosante satisfacción y alegría. Le hemos recordado el Premio Nacional de Literatura, la recepción de la crítica, los comentarios post-mortem al premio —algunos emitidos en la conmemoración existente entre su obra y la tierra natal; así como su antigua estancia en España considerada como una consecuencia negativa que origina el total desentendimiento con el escritor con su espacio primigenio. Vaya ¡Qué antichistes! Como si el pensamiento humano fuese vulgar objeto al cual se le puede elevar o someter, o como de tantas semejanzas indistinguibles. Ciertamente es que en la obra de don Edgardo (especialmente "El Hombre en la Montaña", considerada como la más "especializada" de sus obras), hay una descripción antológica, minuciosa y detallada de algunas regiones de España, pero todo esto utilizado como trampolín para interrogar interrogantes humanos de fondo universal que interesan tanto a él como a él mismo.

Otro sentir de la crítica orientó sus pensamientos anónimos hacia su persona y hacia un total desentendimiento de sus méritos como escritor. Puestos aquellos que hubieran deseado ver la mente del escritor aborrida a un sistema rígido de pensamiento, socializada en frío y deshumanizados moldes mentales. Incapaces de distinguir entre un vulgar paríete y una obra literaria de calidad las comprenden contra el primero que desolga sus sabios consejos.

Ello, por supuesto, y vulgarmente fueron todas las opiniones vertidas en contra de la obra de Edgardo Garrido, pero su pena está ahí: magnífica, oscurante y evanescente, hermosa al rigor y exigencia de la crítica universal que no ha vacilado en considerarla una de las más bellas de los escritores contemporáneos de la literatura hispana.

Esos mismos ojos, vivaces que siempre reflejan alegría y felicidad de la vida y del vivir, se muestran nostálgicos; una tenue bruma de sueño primaveral cruza fugitiva sus ojos. Ha recordado a sus antiguos camaradas, los ingratitudes de la vida y en especial, a su único y gran amor: María de los Angeles, esposa y compañera con la cual se vivió para una vida eterna, una vez que terminó "su sendero" con el Todopoderoso. Así lo cree y lo siente nuestro autor y lo manifiesta

ta con una naturalidad que refleja su profundo espíritu místico y cristiano.

Las pasiones y virtudes humanas existen en todas partes, tanto en la ciudad como en la montaña, tanto en la tierra como en las alturas. Su obra principal "El Hombre en la Montaña", Ed. Nascimento, nos muestra acerca de esta particular manera de conocer la realidad y lo hace por medio de un estilo que destaca por su sencillez, elegancia y sencillez.

De las columnas de este libro, diario, en reconocimiento, respeto y gratitud por sus cuatro minutos (la verdad que fueron cuatro horas), de franca y cordial conversación en que logramos detener la vertiginosa marcha del tiempo.

Edgardo Garrido Merino [artículo] Samuel Baeza Reyes.

Libros y documentos

AUTORÍA

Baeza Reyes, Samuel, 1947-

FECHA DE PUBLICACIÓN

1974

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

Edgardo Garrido Merino [artículo] Samuel Baeza Reyes. retr.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile